

## **VIVIENDO DESCALZA**

Olor a café, eso siempre seguía despertando sus sentidos, pero hoy, desde aquella cama que ya albergaba su forma, ni el olor de aquel grano tostado, ni el recuerdo de los desayunos formidables, donde siempre repetía a diario que eran su comida preferida, lograban movilizarla, ya no era dueña de sus horas ni del día y la noche.

Su vida, cargada de actividad se había esfumado, como todos los cigarrillos que quemara antes de sentirse enferma.

No recuerda bien, en qué día comenzaron a pesarle los hombros, tanto, que su espalda se fue arqueando cual luna menguante. Ni cómo los placeres y personas que tanto adoraba ya eran sólo lastre. Ese dulce que preparaba su abuela, cubierto de amor y natillas, el sonido de voz de Mara, su amiga de siempre, vecina de pupitre, extensión en sus tardes libres, con sus paseos marcados por el barrio, donde caminaban sobre raíles ya marcados. Sus pies guiados solos en la ruta trazada mil veces, ¿qué más da donde fueran?, si sus charlas alocadas, apasionadas y llenas de ilusiones de juventud eran las que las mantenía inquietas, suspirando amores adolescentes.

Mara, con la que hace menos de 5 meses reía incansablemente... y ahora, el simple hecho de ver sus fotos era un desgarrar, pues todo aquello le quedaba muy lejano, y le aplastaba la certeza de que nunca le dolería tanto la panza por la risa que con ella desgranaba a cada rato.

Su cabeza divagaba por pensamientos recurrentes cada vez más fatalistas que se iban merendando la autoestima de Minerva, así se llama Ella, que tantos años le costó pulir.

Cómo premonición de su nombre, ahora envuelta en este estado en el que no hallaba sabiduría para luchar contra él, en que el sobrevivir se estaba convirtiendo en un verdadero arte.

Y pasaron los meses, como relámpagos, tan fugaces y a la par tan densos e hirientes como era su inanición a que absolutamente nada llegara a alimentarla.

Los remedios y consejos aparecían en cada visita obligada que recibía. Sus oídos desconectados hace tiempo no procesaban la información y charla más allá de un blablablá....que salía de bocas de familiares, vecinas cotillas e incluso desconocidos para ella, en el que en cada encuentro portaban su gran papel de derechos y lo mostraban ante sus ojos, ahora casi ciegos, por el agotamiento físico que la envolvía en un burka de color oscuro que fue hilando día a día, desde que comenzó a sentirse así. La rejilla por la

que vislumbraba algo de vez en cuando y según la ocasión se presentaba, le permitía ver como cada testimonio de un amigo, un familiar, conocido o conocida o un tío en Madagascar, daba derecho a cada cual a saber (mejor que ella en todo caso):

- Como se encontraba.
- Qué debía de comer.
- Cuanto tenía que dormir.
- A que medico tenía que visitar
- Cuanto tiempo estaría así...

Y unos más de: –Total, que no tienes derecho, porque no sabes lo que son verdaderos problemas y éstas comenzando a vivir ,lo que le estás haciendo pasar a tu madre y ésta juventud descarriada que no valoran nada....y más blablablá y bla,bla, bla.

Una tarde, se cruzaron con una amiga de la familia su mamá y ella:

- ¡Cuánto tiempo Isabel!
- Cierto es, ¿Qué tal Minerva?

Minerva guardaba a Isabel un cariño muy especial, porque siempre estuvo presente en los encuentros en casa, conectó con ella desde niña con una espiritualidad y cariño atópicos para su gran diferencia de edad y se jactaba en expresar lo especial que era Minerva, sus valores, cualidades y lo mucho que la quería.

Minerva con gran esfuerzo, esbozó media sonrisa, casi una mueca. Llevaba meses frente al espejo entrenado sonrisas forzadas, pareciera que la musculatura de su mandíbula estuviera fuera de control y no podía ya, era imposible, su rostro sin expresión había olvidado como sonreír.

-¿Qué te ha pasado mi niña?-preguntó Isabel-. Ya sabía yo, que esa sensibilidad extrema te traería problemas cuando crecieras. ¿Qué duro es todo verdad?- Afirmaba incoherente moviendo y negando con su cabeza.

- No sé cómo ayudarla, Isabel- dijo su madre-.Ni entiendo cómo ha llegado a estar así. Minerva las escuchaba en su silencio habitual, hasta que las palabras de Isabel la hicieron despertar algo de su letargo:

-Creo que esta niña se pasado toda su vida viviendo descalza.

Algo se encendió en su interior, algo le hizo percatarse de lo sucedido hasta entonces y los flashback que aparecieron como secuencias olvidadas en su memoria la hicieron despertar:

¡Eso era, exactamente! La empatía con la que vivía las cosas le fueron causando herida, vivir tanto las historias ajenas:

Como cuando acumulaba el dolor de la madre del vecino drogadicto, de las palizas que escuchaba provenir de la planta de abajo cuando aquel hombre alcohólico, siempre encontraba motivos para pegar a su mujer, sus hijas eran sus amigas y jugaban con ella cada tarde eludiendo su vida en el hogar, educándose con la violencia y lo que es peor presenciándola. Ella pisaba descalza y sentía el corazón roto de su amiga, deshaciéndose en lágrimas cuando le confesaba las infidelidades de su padre y como se pasaba los días abrazada a su madre intentando calmar su humillación.

Era Ella, cada campaña de Navidad en la Tele, era el vientre inflamado de cada niño Africano, odiando las moscas que revoloteaban pegadas a él. Era cada desahucio familiar, era cada niño al que sus padres invitaban a comer -porque en esa casa son muchos y hay que ayudar a quitar una boca-. Era las visitas que con sus madre hacía a abuelos en decrepitud, recordando cada llaga en sus pies por la inmovilidad, sus miradas ya vacías que no le devolvían su reflejo...Era todo, cada uno, cada una, cada persona en su vida, que cómo bien decía Isabel con esa sensibilidad enfermiza había calado en su subconsciente, allí seguían viviendo todos y todas, ya pasados los años, les seguían doliendo, no se encallaron sus pies al contacto con la dureza de la vida, ni crecieron sus durezas provocadas por el roce de problemas, ni de fricciones excesivas con cada toma de consciencia de la parte oscura de la realidad.

No encontró la manera de salvaguardarse, de buscar caminos limpios, limpios de cristales de pedazos de almas rotas, no sabía ni quería protegerse, tan ni siquiera pasar de puntillas.

Pisaba fuerte y ahora las heridas la detuvieron en el camino, de pasear por las calles, viviendo descalza.

El alivio se hizo presente. Ahora podía entender tantas cosas...

Necesitada una cura, vendajes, yodo, algunas cremas cicatrizantes y un calzado confortable.

Pues eso que todos y todas llamaban depresión, que de tantas veces pronunciada perdía su sentido y gravedad, ahora era su enfermedad, de la que nadie está libre.

La necesidad de cerrar lo que después de tantos años venía doliendo, hasta que Minerva, fue obligada a parar en seco. La certeza de saber lo que le ocurría le hizo caer en la cuenta de aprender gracias a toda ayuda, que...

Por suerte hoy en día ¡se puede caminar de tantas formas!:

Por fin comenzó primero a recibir fórmulas magistrales que de manos de profesionales, le aseguraban cerrar los ciclos, poner apósitos semanalmente que fueran sanando su piel.

Tomar la mano de quien la sostenía y empezar a transitar parques de hierba verde, de frescor que la revitalizaba. Patear playas de arenas suaves, al caer la tarde, cuando ya no queman, sintiendo hundir sus pies, exfoliando cada poro, blanqueando su uñas dejándolas suaves y sumergir los dedos en agua, dejándola circular entre sus dedos hidratando los sentidos, limpiando de todo mal contenido, humectando su pensamiento seco, haciéndolo más fluido recordándole y enseñando que el tránsito por la vida también puede ser tan reconfortante, mágico y especial.

Aunque había días que deambulaba sin sentido, tenía que aprender a vivir con ello.

No podía protegerse ahora con el mejor calzado, esa no sería ella, Minerva no quería comprarse unas buenas botas. No quería dejar de pasar por la vida de otros, ni evitar tender su mano, ni escandalizarse por la barbarie humana, ni dejar de soñar por un mundo mejor, porque ese era su modo de vivir, el de ella y el de tantas personas.

La sensibilidad y empatía seguían siendo sus mayores rasgos de personalidad, que aun habiéndola llevado a caer en depresión serían la fuerza y el motor para seguir. Por las calles, por los barrios, las poblaciones, ciudades y continentes que aún no conoce, porque los corazones de sus gentes siempre merecerán personas que se arriesguen a seguir viviendo descalzas.